

Este príncipe, puesto en la delantera de la tribuna como un hombre que asiste á un gran espectáculo, parecía que ya se habia familiarizado con su situacion. Hacía reflexiones juiciosas y desinteresadas sobre las circunstancias, sobre las proposiciones y sobre las votaciones, cosas todas ellas que probaban un completo desprendimiento de sí mismo. Hablaba de sí como de un rey que hubiese vivido mil años ántes, y juzgaba los actos del pueblo con respecto á él como si hubiese estado juzgando los de Cromwell y los del Parlamento largo con Carlos I. La potencia de resignacion que poseia le daba la de la impasibilidad bajo el hierro del partido que le sacrificaba. Dirigia con frecuencia la palabra á media voz á los diputados que estaban más próximos á él y que conocia, entre otros á Calon, inspector de la sala, á Coustard y á Vergniaud. Oyó sin inmutarse las invectivas dirigidas contra él y el decreto de su suspension. Ni siquiera movió la cabeza al oír que la corona se habia desprendido para siempre de sus sienes, y hasta se notó cierta alegría secreta en sus facciones en medio de la gravedad y la tristeza de aquel momento supremo. Respiraba con fuerza, como si un gran peso gravitase sobre su alma. El imperio era para él más bien un deber que un orgullo, y destronándole se le libraba de él.

Madama Isabel, insensible á la catástrofe política, no trataba más que de difundir un poco de serenidad en aquella sombra. La triste expresion de su sonrisa y el profundo afecto que brillaba en sus ojos á través de sus lágrimas, abrian al rey y á la reina un rincón de cielo interior, donde descansaban sus miradas confidencialmente de tanta turbacion. Sólo un alma que ama, un solo acento que compadece, compensan la injuria y el odio de todo un pueblo: ella era la piedad visible y presente al lado del suplicio.

La reina se habia sostenido al principio con la esperanza de la derrota de la insurreccion. Conmovida como un héroe al oír el estampido del cañon, intrépida contra las vociferaciones de los peticionarios y de las tribunas, su mirada los despreciaba y su labio altivo los desdeñaba, dirigiendo sin cesar miradas de inteligencia hácia los oficiales de su guardia que ocupaban el interior de la tribuna y del corredor, para preguntarles noticias de palacio, de los suizos, de las fuerzas que les quedaban, de la situacion de las personas queridas que habia dejado en las Tullerías, y sobre todo, de su amiga la princesa de Lamballe. Habia oído, temblando de indignacion pero sin cambiar de color, el asesinato de Suleau en el patio de los Fuldenses, los gritos de rabia de los asesinos, las descargas de los batallones á las puertas de la Asamblea, y los asaltos tumultuosos del pueblo para forzar la entrada del corredor y venir á degollarla. Miétras habia durado el combate, estuvo continuamente agitada y llena de ánsia y de sobresalto; á los últimos cañonazos, á los gritos de victoria del pueblo, al ver sus gavetas, sus alhajas, sus carteras y sus secretos expuestos y profanados ante sus ojos como los despojos de su persona y de su corazon, habia caído en un abatimiento inmóvil, pero siempre fiero. Ella devoraba su derrota, pero no la aceptaba como el rey. Su rango se habia identificado con ella de tal suerte, que quitárselo era matarla. El decreto de suspension pronunciado por Vergniaud habia sido un rayo para ella: cerró un momento los ojos, pareciendo que se recogia en su humillacion, mas en seguida el orgullo del infortunio resplandeció en su frente como una nueva diadema. Recogió todas sus fuerzas para hacerse superior por el desprecio á los golpes de sus enemigos; ella no los sintió sino por los demas.

Cincuenta hombres escogidos y fieles habian penetrado con el rey en aquel recinto, formando una guardia cerca de la familia real en el corredor inmediato á la puerta del logógrafo. Los ministros, algunos oficiales generales, el príncipe de Poix, Mr. de Choiseul, Mr. de Aubiers, Mr. de Maillardo, Mr. de Aubigny, Mr. de Viomenil, Carl, comandante de la gendarmería, y algunos criados particulares del rey, estaban allí en pié, atentos á sus órdenes, prontos á morir y á formar con sus cuerpos el último parapeto si el pueblo conseguia invadir los corredores de la sala. Estos generosos confidentes de las angustias de la familia real le comunicaban en voz baja lo que pasaba en lo exterior. El uniforme de la guardia nacional y del ejército que algunos de ellos vestian les permitia circular por las cercanías de la Asamblea y relatar luego á sus dueños los acontecimientos de la jornada.

Hácia las seis de la tarde, los antiguos ministros, depuestos ya oficialmente, se despidieron con tristeza del rey y se retiraron para ir á entregar sus carteras y comparecer al otro día al tribunal de Orleans. Un poco despues, Maillardo, jefe de los suizos, llamado por los comisionados del ayuntamiento, fué preso en la Abadía. Aubigny, habiéndose mezclado á los grupos que derribaban las estatuas de los reyes en la plaza de Luis XV, y habiendo expresado su indignacion por este hecho con algunos ademanes, fué inmolado bajo el monumento cuya profanacion deploraba. Mr. de Choiseul estuvo dos veces á riesgo de perder la vida al salir para reunir los suizos, y sin embargo, volvió para defender al rey con su espada. Un momento despues se oyó un gran estrépito en las puertas; el rey volvió la cabeza y preguntó con inquietud la causa de este tumulto. Carl, comandante de la gendarmería de Paris, salió fuera y no volvió. El rey, que aguardaba la respuesta, supo horrorizado su muerte. La reina se tapó la cara con las manos. Cada órden suya traia la desgracia á sus amigos; la carnicería los diezmaba alrededor de ellos, y la muerte descargaba sus golpes cada vez más cerca.

¡Cuántos corazones que latian por ellos á la mañana, estaban helados por la tarde! La oscuridad del sitio, los resplandores del incendio de las Tullerías que reflejaban en las ventanas y en las paredes del Picadero, la agitacion de una sesion tan prolongada, y la noche siempre más cruel que el día, los sumia en los más sombríos pensamientos. El silencio de los sepulcros reinaba hácia algunas horas en la tribuna del logógrafo. No se oía más que el ruido de las plumas de los redactores al deslizarse sobre el papel, escribiendo instante por instante las palabras, los ademanes y las emociones del salon. La luz opaca de las velas que alumbraban la mesa dejaba ver al joven Delfin acostado en la falda de la reina, y durmiendo al ruido de los decretos que le quitaban el imperio y la vida.

V

A la una de la noche, los inspectores del salon fueron por el rey y su familia para conducirlos al aposento que se les habia preparado de prisa desde la promulgacion del decreto de suspension. Unos comisionados de la Asamblea y el destacamento de la guardia nacional que vigilaba desde por la mañana por su seguridad los escoltaron. Un oficial de la casa del rey tomó al Delfin de manos de la reina, y le llevó dormido en sus brazos detras de ella.

Aquel alojamiento, más parecido á una celda ó á una prision que á un palacio,

estaba en el piso alto del antiguo monasterio de los Fuldenses, encima de las oficinas de las comisiones de la Asamblea. Se componía de cuatro piezas seguidas, dando todas por una puerta al vasto corredor á que comunicaban las celdas de los religiosos. Estos cuartos, deshabitados desde la supresion de las órdenes monásticas, estaban desnudos como las casas cuyos habitantes faltan de ellas hace mucho tiempo. El arquitecto de la Asamblea, bajo las órdenes de los inspectores del salon, habia hecho llevar allí precipitadamente los muebles que encontraron más á mano en su propia habitacion: una mesa de nogal, algunas sillas, cuatro catres sin colgaduras y algunos colchones tendidos en el suelo, tales fueron las camas destinadas para toda la familia real, madama Isabel, el aya de los príncipes y el resto de su servidumbre; campamento sobre el campo de batalla, entre dos dias de crisis y á las puertas de un palacio saqueado por un pueblo vencedor, y que anunciaba demasiado por su desnudez á la familia real que estaba ya más cerca del calabozo que de palacio. Los señores de Briges, de Aubiers y de Goguelat, el príncipe de Poix y el duque de Choiseul, ocuparon la primera pieza; tendidos sobre las capas á la puerta del rey, fueron los últimos que velaron su sueño.

El rey se acostó medio vestido en el segundo cuarto. Desprovisto de ropa de noche y de objetos de tocador, se puso una servilleta en la cabeza, recostándose en seguida en una almohada. La reina ocupó con los príncipes el tercer cuarto. Madama Isabel, madama de Tourzel y la princesa de Lamballe, que habia ido por la noche á unirse á la familia real, se quedaron en una pieza que estaba contigua á la de la reina, y las tres pasaron la noche velando, llorando y rezando á su puerta.

El claustro elevado y vasto sobre el cual daban estas habitaciones sirvió de campo á los oficiales superiores, á los cincuenta hombres de la guardia y á los criados del rey, Hue y Chamilly. Luis XVI, su familia y la comitiva no tocaron á la cena que se les habia preparado. Despues de una conversacion íntima y sin testigos entre aquel príncipe, la reina y madama Isabel, se fueron á buscar algunos momentos de descanso. Una velada de treinta y seis horas habia rendido á la vez sus almas y sus cuerpos. El sueño fué corto, el despertar terrible.

La reina abrió los ojos á los rayos de un sol ardiente que penetraba sin obstáculo hasta su cama. Al ver aquellos sombríos techos, aquellas ventanas sin cortinas, aquel cuarto desnudo, aquellas sillas de paja, y sus vestidos en desórden tirados sobre unos muebles casi miserables, volvió á cerrarlos para engañarse un momento más y persuadirse de que los acontecimientos del dia anterior no eran más que un sueño; pero fué arrancada de esta especie de sueño por la voz y por las caricias de sus hijos. Madama Isabel los llevó á los piés de su cama. Advirtieron entónces á la reina que la hora de la sesion se aproximaba, y que la Asamblea exigía que la familia real volviese al sitio del dia anterior. Algunas de sus damas, que los inspectores del salon habian permitido por la mañana llegar hasta su señora, fueron introducidas al mismo tiempo en el cuarto. Al atravesar la celda del rey, hallaron á este príncipe sentado cerca de su cama, haciendo componer el desórden de su peinado. Le cortaron un poco de pelo, y él, tomando algunos rizos, se los dió á estas fieles servidoras de la reina; munificencia del corazon, única que le quedaba de todo su poder. Ellas quisieron besarle la mano, pero él la retiró y las abrazó. La familiaridad de la desgracia habia acercado las distancias entre esta familia y sus servidores.

Aquellas mujeres se deshacían en lágrimas viendo á la reina de Francia acostada en un tablado y servida por una extraña, portera de aquel claustro abandonado. Esta pobre sirvienta, intimidada y compadecida por la grandeza y el infortunio que tenia ante sus ojos, se esforzaba por compensar con sus atenciones y con su respeto la torpeza de su servicio. María Antonieta tendió los brazos á sus amigas y prorumpió en gemidos, quedándose largo tiempo sin poder mirar ni hablar,



Fabre d'Églantine.

confusa y avergonzada de su envilecimiento y degradacion delante de las que la habian visto el dia anterior en todo su lujo y en todo su esplendor. «Venid, desgraciadas mujeres,—les dijo, en fin,—venid á ver á una mujer más desgraciada que vosotras, porque ella es quien os hace desgraciadas á todas.» Despues, abrazando á su hija y al Delfin, presentados por madama de Tourzel, añadió: «¡Pobres hijos míos! Es bien cruel haberles prometido tan hermosa herencia, y tenerles ahora que decir: ¡Hé aquí todo lo que os dejamos, todo concluye con nosotros!» Se informó en seguida de todos los pormenores de la suerte de la señorita Paulina de Tourzel, de madama de Laroche-Aymon, de la duquesa de Luyes y de todas las personas de su corte que habia dejado en las Tullerías.

La muerte de sus servidores asesinados en el umbral de los aposentos despedazó su corazón. Lloró por ellos, y contó cuando se vestía sus impresiones durante la sesión del día anterior. Se quejaba á medias palabras de aquella falta de dignidad natural que no daba al rey, desde que estaba en manos de la Asamblea, toda la majestad que ella hubiera deseado que tuviese delante de sus enemigos. Sentía que hubiese satisfecho su apetito en público, ofreciendo de este modo á la mirada del pueblo una indiferencia de insensibilidad tan impropia de su corazón. Algunos diputados adictos á su causa le habían advertido el mal efecto que había producido este olvido de su situación; pero sabiendo, decía ella, la inutilidad de estas advertencias en presencia de su fuerte naturaleza, nada había dicho al rey por no añadir una humillación á tantas penas. Habiéndose extraviado el reloj y el bolsillo de la reina en el tumultuoso camino de palacio á la Asamblea, tomó el de una de sus damas y rogó á madama Augié, primera camarera, que le prestase veinticinco luises para lo que se pudiera ofrecer durante su cautiverio.

A las diez, la familia real entró en la Asamblea, permaneciendo allí hasta la noche. El triunfo del día anterior había hecho al pueblo más exigente, y las proposiciones eran ya más sanguinarias. Los peticionarios asediaban la barra pidiendo á grandes gritos las cabezas de los suizos de la escolta del rey refugiados en el recinto de los Fuldenses. La Asamblea disputaba á los asesinos aquellas doscientas víctimas. Santerre, enviado por Vergniaud para proteger á los prisioneros, anunciaba el degüello inminente de los que habían sido presos en el bosque de Bolonia. Unos hombres feroces aullaban á las puertas pidiendo que se les entregase su presa. «¡Gran Dios! ¡Qué caníbales!»—exclamó Vergniaud.

Algunos rasgos de generosidad popular se mezclaron á los rugidos de aquellas fieras sedientas de sangre; no faltaron combatientes que protegieron bajo su responsabilidad á los vencidos, y que se sacrificaron por salvarlos. Mailhe y Chabot, enviados para arengar á los grupos, fueron acogidos con los gritos de *¡Mueran los oradores!* Hubo un momento en que el terror se apoderó de la Asamblea, porque el recinto exterior fué forzado. Vergniaud, intrépido para no temer su riesgo personal, temió por la vida del rey. Los inspectores del salón hicieron retirar á la familia real al corredor, á fin de que si el pueblo entraba con las armas en la mano en el salón, no encontrase á las víctimas á su alcance. El rey, que creyó que el momento terrible había llegado para él y su familia, pensó únicamente en libertar á sus servidores, rogándoles que le abandonasen á su suerte y que pensasen en su propia seguridad. Ninguno de ellos pensó en salvar su vida faltando á sus deberes, y todos se quedaron en donde el honor y la adhesión les mandaban vivir ó morir. Danton acudió; impuso á la multitud con la autoridad de su nombre y el terror de su actitud, si bien pidiendo tan sólo paciencia, y no generosidad, á los asesinos. A su voz, los hombres de las picas se contuvieron por un momento, aplazando para más adelante el saciar su sed de sangre. «Legisladores,—dijo Danton entrando en la Asamblea,—la nación francesa, cansada de despotismo, había hecho una revolución; pero generosa,—añadió lanzando una mirada amenazadora al sitio en que el rey le escuchaba,—ha transigido con los tiranos. La experiencia le ha probado que no hay ninguna enmienda que esperar de los antiguos opresores del pueblo. Ella va á entrar en el ejercicio de sus derechos... pero donde empieza la justicia, deben detenerse las venganzas populares. Yo me comprometo ante la Asamblea

nacional á proteger á las personas que están en su recinto, yo me pondré á la cabeza del pueblo, y respondo de las vidas de aquéllas.»

Al pronunciar estas últimas palabras, dirigió una mirada rápida y fiera á la reina, como si una inteligencia secreta ó una compasión soberbia estuviese oculta bajo la aspereza de su discurso y el desden de su actitud.

La Asamblea y las tribunas aplaudieron. El pueblo ratificó por fuera con sus aclamaciones la promesa hecha por su favorito, y los suizos se salvaron hasta el 2 de Setiembre. Petion reemplazó á Danton. Libre de su prisión fingida, acababa de tomar posesión en el ayuntamiento de una autoridad que no ejercía sino en el nombre. Útil el día anterior á los facciosos, ya les era importuno, pero afectó ante la Asamblea que creía en un poder que se le escapaba. Cuando la obra se concluye, se rompe el instrumento. Petion no era ya sino un cómplice tímido de una conspiración consumada, no siendo para el pueblo más que un maniquí popular creado contra el rey, é inútil desde el día que éste desapareció. Trató, pues, en vano de moderar las exigencias de los comisionados de la municipalidad, y de depositar el poder en su centro legal, es decir, en la Asamblea. El ayuntamiento, entre tanto, enviaba órdenes imperiosas bajo la apariencia de súplicas al Cuerpo legislativo. Los girondinos eran, como Petion, los soberanos honorarios de una revolución que los dejaba atrás.

Habíase decretado el día anterior que Luis XVI habitara el palacio del Luxemburgo durante la suspensión. Este antiguo palacio recordaba demasiado el poder supremo, cuyas huellas quería el ayuntamiento hacer desaparecer de la vista del pueblo, por lo cual hizo presente al Cuerpo legislativo que no podía responder del rey en una morada tan vasta y en la que unos subterráneos inmensos podían favorecer las evasiones ó los complots. La Asamblea, para salvar la aparente independencia de sus resoluciones, facultó una comisión para señalar la habitación que debía ocupar el rey. Esta comisión decretó que la familia cautiva habitase el palacio del ministerio de Justicia, en la plaza Vendôme. Este edificio, sito en el centro de París, y en una plaza donde se pasaba revista á las tropas, fijaba demasiado las ideas en un poder que aún era peligroso mostrar á los soldados y al pueblo. El ayuntamiento se negó á ejecutar este decreto. Manuel fué en su nombre á pedir que la habitación del rey, á quien se guardaba como en rehenes, se fijase en el Temple, distante de los recuerdos y emociones de la ciudad. La Asamblea accedió. La elección del Temple para la familia real indicaba las ideas del ayuntamiento, y de qué modo interpretaba los acontecimientos que acababan de pasar: en lugar de una residencia régia, se le dió una prisión.

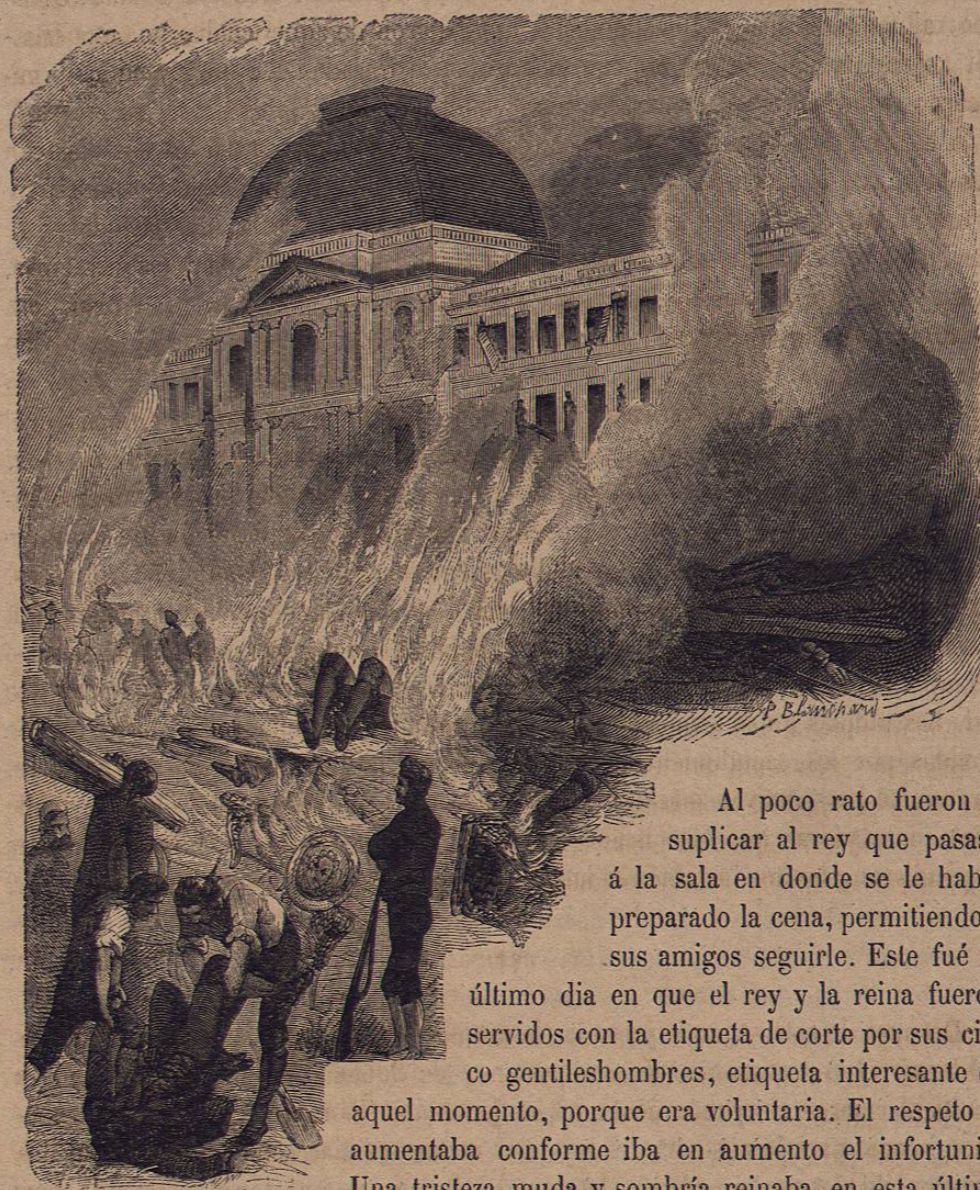
Los girondinos solamente le habían suspendido; la municipalidad degradaba al trono. Roland y sus amigos quisieron prepararse un apoyo contra la omnipotencia de la casa de la ciudad, instituyendo el Consejo del departamento y dándole el ascendiente y la vigilancia que la Constitución le señalaba sobre el cuerpo municipal, é hicieron proponer esta moción por uno de los más oscuros de entre los que les eran adictos, para ocultar la mano que daba el golpe. La municipalidad conoció de dónde salía el tiro, y lo previno. Tres veces en el mismo día envió á pedir, humildemente al principio, con firmeza después, y con insolencia al fin, la revocación de un decreto tan atentatorio á su poder. La última comunicación fué lacónica y amenazadora como una orden soberana. El ayuntamiento fué obedecido.

Otras diputaciones de éste fueron en seguida á pedir la creacion de una comision militar para vengar la sangre del pueblo. La Asamblea eludia la respuesta. «Si no me dais el decreto, —dijo friamente el orador del ayuntamiento, — mi encargo es no moverme de aquí hasta que se me dé.» Robespierre, en nombre de la seccion de la plaza Vendome, compareció en la barra. «Pueblo, —dijo, aludiendo á las estatuas del rey que echaban abajo en las plazas públicas, — cuando la tiranía está por tierra, guardaos de darle tiempo de levantarse. Hemos visto caer la estatua de un déspota, y nuestra primera idea ha sido elevar en su lugar un monumento á la libertad. Los ciudadanos que mueren defendiendo la patria en el extranjero están en segunda fila; en primera se hallan los que mueren por liberarla en el interior.»

En fin, el prusiano Anacarsis Clootz, filósofo errante encargado de difundir su doctrina por todas partes por medio de la palabra, y entusiasmado hasta arriesgar para conseguirlo su fortuna y su sangre, hizo oír á nombre del género humano en la Asamblea nacional el primer eco producido por el 10 de Agosto en el alma de los pueblos impacientes por su esclavitud. Clootz llevaba su pasion por la humanidad hasta el delirio; pero este delirio era el de la esperanza de la regeneracion universal. Los escépticos le encontraban ridículo, los patriotas vulgar, y los políticos le llamaban utopista. Sin embargo, Clootz no se engañaba sino en la oportunidad. Las utopias no son muchas veces sino verdades prematuras: las almas, conmovidas por los sacudimientos del momento y fanatizadas por la esperanza, se abren á las perspectivas más ideales. El filósofo fué escuchado con placer, y las ideas consoladoras que hizo brillar como un iris sobre este horizonte de sangre suspendieron algunos instantes la lucha de los partidos y el hacha de los asesinos.

VI

Después de esta segunda jornada, la familia real fué conducida de nuevo á los Fuldenses. Los testimonios de compasion y de fidelidad de las personas de su escolta alarmaron al ayuntamiento y á los jacobinos. Santerre relevó aquella guardia y escogió para la custodia del rey unos corazones inaccesibles á la indulgencia é irreconciliables con un *tirano* destronado. La aspereza en los modales y el rigor de las consignas pusieron de manifiesto al rey el cruel cambio que se habia operado en su suerte. El girondino Grangeneuve, miembro de la comision de vigilancia, cuya oficina estaba en el mismo claustro de las habitaciones del rey, se alarmó tambien en vista del respeto y de la compasion que manifestaba por la familia real el corto número de amigos de que estaba rodeada. Creyó que se habia fraguado un proyecto de evasion, y dió parte de esta sospecha á sus colegas. La más sombría de las tiranías es la más reciente. La comision participó ó fingió participar del miedo de Grangeneuve, y ordenó la separacion de todas las personas extrañas á la servidumbre inmediata de la real familia. Esta orden consternó á los generosos cortesanos de su cautiverio. El rey entonces hizo llamar á los diputados inspectores del salon, y les dijo con amargura: «¿Con que estoy preso, señores? Carlos I fué más dichoso que yo, porque á lo ménos le dejaron en compañía de sus amigos hasta que fué conducido al cadalso». Los inspectores bajaron la cabeza, respondiendo su silencio por ellos.



Las hogueras en el Carrousel.
Pag. 12.

Al poco rato fueron á suplicar al rey que pasase á la sala en donde se le habia preparado la cena, permitiendo á sus amigos seguirle. Este fué el último dia en que el rey y la reina fueron servidos con la etiqueta de corte por sus cinco gentileshombres, etiqueta interesante en

aquel momento, porque era voluntaria. El respeto se aumentaba conforme iba en aumento el infortunio. Una tristeza muda y sombría reinaba en esta última cena, conociendo tanto los amos como los servidores fieles que iban á separarse para siempre. El rey no

comió, y retardaba con intencion la hora de levantarse de la mesa, con el fin de prolongar los instantes en que le era permitido aún ver caras amigas. Esta larga despedida cansó la paciencia de los oficiales de guardia, y fué necesario interrumpir aquella larga conversacion. El rey sabía que los cinco gentileshombres estaban expuestos á que se les pusiese presos al pié de la escalera, aumentando la inquietud que sufría por la suerte de aquellos leales vasallos el horror que tenia por la suya. En fin, bañado en lágrimas y mirándolos por última vez, trató de hablarles, pero la emocion que experimentaba le impidió hacerlo. «Separémonos, —les dijo la reina;— desde este instante es cuando sentimos toda la amargura de nuestra situacion. Hasta ahora la habeis mitigado con vuestro respeto y endulzado con vuestras atenciones. Dios os pague un reconocimiento que...» Y sus lágrimas ahogaron su voz. Entonces hizo que abrazasen á sus hijos hasta los últimos servidores